

## La historia de Colombia en sus documentos

### Presentación:

Este documento, publicado en forma anónima en los Anales de Instrucción Pública en 1884 y escrito en 1879, es interesante por su rechazo a la educación letrada tradicional y su defensa de la educación como herramienta democrática. El autor es sin duda un hombre alejado de los extremismos del momento: no comparte la desconfianza de los tradicionalistas por el progreso científico y tecnológico, pero tampoco se une a los liberales radicales en su rechazo a dar un papel importante a la religión.

Vale la pena señalar también su visión de la independencia. Aunque acoge la perspectiva abierta por Miguel Antonio Caro, que la caracterizó como un acto de madurez que surgía de las mismas enseñanzas españolas, su rechazo a las crueldades de la conquista y a la opresión colonial lo aleja de la visión de José Manuel Groot o de Caro.

El seudónimo, A [Alpha], había sido usado por el ex rector de la Universidad Nacional, don Manuel Ancizar. Es muy posible que el texto sea suyo y que haya sido publicado antes.

Jorge Orlando Melo, mayo de 2009

## ENSAYO SOBRE EL TRABAJO INDUSTRIAL: PREOCUPACIONES.

Anales de la Instrucción Pública, VII, No. 41, mayo de 1884, pp. 476-493

El diccionario de la lengua define este vocablo así: "Especie de ofuscación ú obcecación del entendimiento originada por error de los sentidos, por el modo de concebir las cosas, por la educación recibida ó por el ejemplo de los demás, en virtud de la cual parece erróneo todo lo que es opuesto á ella."

Las preocupaciones llegan á arraigarse de tal manera en el alma humana, que acaban por constituir una segunda naturaleza. El pensamiento, la voluntad y el corazón se amoldan á la turquesa de la preocupación dominante, de suerte que las ideas, las pasiones y los sentimientos llevan la marca de ella, así como los ojos ven los objetos del color del vidrio que tienen delante. De aquí que las costumbres se resientan tan profundamente del carácter y tendencias de las preocupaciones reinantes. [477].

Las preocupaciones se transmiten con fidelidad casi invariable de padres á hijos, y hasta de generación á generación, determinando á las veces la fisonomía especial de una familia, de un pueblo y de una raza. Esto lo confirman la experiencia y la observación. Las ideas van adquiriendo el color del medio por que pasan, bien como las aguas, puras en su fuente, participan de las sustancias que se hallan en su tránsito; y las costumbres se van formando en conformidad con el carácter de las ideas dominantes. Difícil cosa es, por tanto, arrancar de cuajo una preocupación; y más si ella ha resistido al desgaste del tiempo, y ha estampado ya su huella en las costumbres públicas.

Cuando el pulmón se acostumbra á aspirar un olor, acabamos por no notarlo: cuando los ojos se educan en las tinieblas, vienen á acomodarse admirablemente á ellas, de modo que un rayo de luz los ofende y deslumbra. Tal sucede con las preocupaciones: á fuerza de vivir en ellas, acabamos por no parar mientes en la influencia sorda e invisible, pero no por eso menos poderosa, que ejercen sobre la naturaleza de nuestro ser y el rumbo de nuestros pensamientos.

Pero antes de pasar á hacer aplicación de estos principios al punto que por hoy llama las miradas de nuestra atención, creemos, para evitar interpretaciones gratuitas y acaso mal intencionadas, de necesidad hacer una distinción importante. Espíritus hay, muy de veras preocupados, que apellidan preocupación todo lo que nos ha venido del pasado, si bien traiga brillantes marcas de evidencia, examinadas ya por la razón á la luz de la Filosofía, de la Historia y del consentimiento universal. No seguimos esas huellas, ni creemos que toda novedad sea un talismán de dicha y progreso. Si las cenizas que la mano del tiempo arroja sobre la frente del hombre se merecen veneración y respeto, respeto y veneración se merecen los monumentos de virtud y verdad que los siglos han petrificado.

Decíamos que las preocupaciones inveteradas constituyen á veces el fondo de las costumbres y el carácter de un pueblo. Entonces, hablar de ellas, para ver de ahuyentarlas, causa cierta extrañeza y novedad, como si se nos pretendiese negar aquello que forma la medida de nuestra evidencia. El país dominado por una preocupación heredada de antiguo, ve á aquellos que no la observan, como si estuviesen fuera de la ley del sentido común.

Una comarca conquistada se impregna, temprano que tarde, de las ideas y costumbres de sus conquistadores, porque el triunfo de la fuerza viene al fin á hacerse aceptar como ley de derecho, y porque el vencedor ejerce sobre el vencido, y más si éste ha perdido toda autonomía, una atracción casi irresistible, hasta en lo que dice relación con los sentimientos y la conciencia. En 700 años de conquistas, los romanos lograron romanizar el mundo: su culto, sus costumbres, sus leyes, su lengua, fueron la herencia de toda nación y de toda raza. Cuando Augusto, el universo tenía fijos en Roma los ojos y los oídos, para obrar en conformidad con los hábitos de sus amos, y escuchar sumiso la ley que se le dictase. Y si el [478] conquistador logra dominar por largo lapso, y en pacífica posesión, las regiones que sus armas avasallaron, las costumbres de él se absorben por completo las que enantes privaban, por manera que viene á perderse hasta la memoria de éstas, que resta cuando más como una tradición curiosa, buena para dar pábulo á la acuciosidad del investigador de antiguallas, y para nutrir la novela y el drama.

Hagamos una somera aplicación de estas observaciones á los países de la América española.

Pero antes nos permitimos consignar una advertencia. No somos enemigos del nombre español. El país es hijo de España: la independencia de la madre patria nos otorgó derechos políticos; mas no cambió la raza, la lengua, la religión, todo lo que constituye la fisonomía etnológica, literaria y moral de un pueblo; porque ese cambio habría sido un suicidio nacional, una renegación no conocida en los anales de país alguno. No porque salga de la patria potestad, tiene derecho un hijo de negar á su padre, ni de pretender cortar los vínculos con que la naturaleza á el lo ligó, vínculos firmes y durables más que la vida y más allá de la vida.

De España recibimos el ser; respetémosla: nos dio su lengua; mal podríamos maldecirla con palabras que aprendimos de sus labios. Si ella no observó para con sus colonias una conducta siempre maternal, el castigo se lo labró con su propia mano, consistente él en la segregación de la hermosa y opulenta América. La bravura española, como observa un publicista, se estrelló con la

bravura española. La guerra de independencia no fue de razas; fue meramente una guerra civil.

Los conquistadores de nuestra patria fueron, por su mayor parte, aventureros que buscaban en el misterio de lo desconocido, alimento á su imaginación soñadora; y en el triunfo de sus armas sobre pueblos inermes y sencillos, un arrimo á su ambición y codicia. Hijos de una nación que había sostenido por siglos guerras heroicas con los moros, fincaban todo su orgullo y poderío en la fuerza de su brazo y en la pujanza de su arrojo.

No es, pues, de extrañar que ellos hubiesen entrado montañas impenetrables, ni que hubiesen vencido, un puñado de héroes, pueblos numerosos. Ni es tampoco de extrañar que hubiesen adherido al poder de sus armas todo derecho, y cifrado en ellas sus mejores blasones de gloria. Fiel heredera España del espíritu romano, y avigorado su instinto guerrero por una larga y sangrienta época de reconquista fatigosa y fecunda en hazañas inauditas, del suelo patrio, hollado en malhora por pueblos poderosos y no menos aguerridos, natural era que sus costumbres se formasen en la escuela de Marte, y que el valor bélico viniese á ser para los espíritus la más prominente de las cualidades del hombre, y el mejor título de gloria y poder. En la época de la conquista de América, el carácter español era esencialmente caballeresco: carácter romántico, noble y generoso, que cubre aquella edad con un velo de poesía encantadora; pero que engendró hábitos enemigos de la paz, y por tanto, del progreso de la industria y del régimen político estable. [479].

Y tales son, puntualmente, las ideas dominantes todavía entre nosotros. El espíritu de la guerra nos anima: cuando no tenemos causas reales que nos dividan, guerreamos por palabras, y el ruido de las armas nos acaba de aturdir. Sobre charcas de sangre y á la luz del vivac, escribimos constituciones que hollamos luego. Un derecho, fantástico á veces, nos lanza al campamento; y á 1a vuelta de la batalla, cuando el ánimo torna al reposo y al buen sentido, nos hallamos con que el derecho conquistado se ahoga en oleadas de corrupción y anarquía. Y, lucha tras de lucha, desgarramos el seno de la Patria; y acaso preparamos, como los aborígenes de América, el campo á los extranjeros que se dignen tomarnos bajo su absorbente protección.

El heredado espíritu guerrero nos preocupa de tal modo, que el pan ganado á la sombra de la bonanza nos parece insípido: amamos el fragor del combate: la guerra nos divierte, porque ella no nos ha permitido crear nada mejor que sus glorias y que los lampos de sus hogueras moribundas.

Y cuando otras naciones, no lejanas, alcanzan la frente á la altura de la de las más civilizadas del continente europeo, é imponen respeto á las primeras potencias del mundo; cuando ellas unen los océanos con ferro carriles monstruos, y pueblan, con rapidez vertiginosa, pampas inmensas; nosotros nos gozamos en abatir la frente al polvo del salvaje, en debilitar las fuerzas de la Patria, en aniquilar nuestra incipiente industria, en verter sangre de hermanos!

¿Será que estamos bajo el peso de una maldición ineludible? Como en las familias ¿también en las razas se perpetúa el castigo de los crímenes"? ¿No habrá remedio para las enfermedades de la Patria?..

.  
II.

Dueños los castellanos, por el derecho de la fuerza, de la mayor y mejor parte del continente que les mostró Colon, ya no pensaron sino en gozar tranquila y descansadamente de los frutos de su gran conquista. En todos tiempos, la conquista, que no es sino una usurpación de grandes proporciones, ha sido odiosa y fecunda en depredaciones y abusos, que al cabo se legitiman á la sombra de la fuerza y de los hechos cumplidos; pero que siempre dan sus naturales frutos de rencores de razas y de injusticias monstruosas. Los castellanos, lo mismo que los conquistadores de todos tiempos, se persuadieron de que los pueblos avasallados por sus armas estaban sometidos, en razón y justicia, á la voluntad de los amos<sup>^</sup> y condenados á trabajar para ellos, á producir para ellos.

De la mezcla forzada de las dos razas, la extranjera y la natural, nació la idea de la superioridad de la vencedora, idea llevada hasta el punto de creerse á veces de otra especie é hija de otro Dios. En España la nobleza provenía de títulos otorgados por los monarcas á individuos que habían prestado á la Nación servicios importantes; y si más tarde allí, como en el resto de Europa, tales títulos bastardearon de su limpio [480] y glorioso origen, convirtiéndose á veces en premios de infamia, y á veces en mercancía adjudicable al mejor postor, lo cierto es que en la época de la conquista de América, la nobleza española se merecía acatamiento y aplauso. No dejaba de ejercer una influencia poderosa y trascendental en pro de las glorias nacionales, la concesión de títulos honoríficos y trasmisibles de padres á hijos, títulos que reconocían y canonizaban la heroica virtud y el patriotismo.

En América no hubo tal cosa. Bastábanle á la raza vencedora sus timbres de vencedora para considerarse más noble y más pura que la infeliz raza avasallada. Examinado imparcialmente y avistado el asunto desde el punto de la sana moral y de las afirmaciones de la filosofía, gran número de los hechos perpetrados por los conquistadores en estas comarcas, dejaron mal parada su decantada nobleza. El asesinato de Thysquesusa en Facatativá, fué acción hidalga? ¿Fué el juicio de Zaquesazipa, en que representó el cómico papel de defensor Hernán Pérez de Quesada; y se pronunció pena de tormento y muerte contra aquel soberano indefenso é inocente, á despecho del verdaderamente hidalgo Fray Domingo de las Casas? ¿Fueron acciones nobles los mil robos, los mil asesinatos cometidos por los conquistadores en estas regiones, sometidas á su voluntad y talante por el derecho de la fuerza? Qué fue de la innumerable raza que poblaba el Nuevo Mundo? Los ilotas y los parias también fueron, en tiempos antiguos, mirados como raza degenerada y maldita, sin más razón que el haber sido vencidos. Los romanos trataban á las naciones por ellos aherrojadas, como trata el amo al siervo. Triste condición la de la humanidad! La fuerza ahonda divisiones y odios, y engendra derechos que no pueden resistir el examen de la razón justiciera.

Los conquistadores, una vez adueñados de grandes riquezas, y rodeados de siervos rendidos á su despótica voluntad, se encerraron en el círculo de su majestuosa grandeza, y se alelaron en la consideración de sus glorias guerreras. Porque sabían que la raza vencida les tributaba, de grado ya, el homenaje de su rendimiento, limitaron su preponderancia á la consideración de la sangre que corría por sus venas, y de la fuerza de su brazo invicto. De

donde la inercia vino á ser el alimento de su orgullo, y el trabajo quedó relegado á manos de la clase baja, obligada á ofrendar el tributo de su sudor y de su sangre en los altares de sus señores.

Nada tiene, por tanto, de extraño el que en los tiempos de la Colonia el trabajo fuese mirado como una degradación: el noble se ceñía su espada; consignaba en pergaminos dorados sus títulos de raza, y se rodeaba de una nube de misteriosa majestad: el plebeyo temblaba de respeto; besaba los pies del amo, y beneficiaba las artes y las tierras para recreo y sustento del altivo feudal.

Y á tanto llegó tal preocupación, que las profesiones mecánicas fueron miradas como deshonorosas; por manera que el artesano veía en su oficio una causa de menoscabo para su dignidad, y de rebajamiento para su condición. Y así como, ante la conciencia pública, el delito del padre [481] marca la frente del hijo, la ignominia del trabajo llegó á trasmitirse en la sangre, llegó á comunicarse en herencia de degradación! El hijo del esclavo nacía esclavo; el hijo del trabajador nacía plebeyo; el hijo del noble nacía con derechos á la veneración de esotros. El pergamino y la espada reclamaban el tributo de la azada y el martillo, tributo humilde y miserable, manchado con la señal de la infamia!

Hay más: el noble reposo y la persuasión de la propia dignidad fundada en los títulos de sangre, engendraron preocupaciones que no se detuvieron en el trabajo material, sino que se hicieron extensivas hasta las bellas artes, las letras y las ciencias. Excepciones hubo en este punto, como las hay en todo; pero lo general del espíritu español de aquel tiempo era mirar con desdén todo trabajo, hasta aquel que ennoblece el alma ensanchando sus facultades elevadas. La fatuidad de la sangre azul todo lo suplía: las fatigas se les dejaban á aquéllos que no habían nacido con la estrella de los mimados del cielo.

Y como, á despecho de toda preocupación de raza y de todo título nobiliario, siempre el saber fue una potencia irresistible y un timbre de gloria, los nobles señores no podían mirar con buenos ojos el que los plebeyos cultivasen las fuerzas de su espíritu, y hacían oposición, cuándo franca, cuándo disimulada, á toda tentativa que procurase introducir la educación popular. Así nos explicamos por qué las medidas tomadas por la Corte de España, por ver de traer alguna luz á sus colonias, fracasaron casi por completo: tuvieron que encallar en las preocupaciones é intereses egoísticos de los amos de América, que no estudiaban, porque el trabajo manchaba sus timbres, ni permitían que los pecheros estudiaran, porque temían la superioridad que otorga la ciencia á las almas cuyas tinieblas disipa y cuya dignidad y fuerzas avigora.

(No tenemos para qué advertir que los conceptos contenidos en este ensayo son generales. Toda regla general tiene excepciones).

Hasta dónde han afectado y afectan tales preocupaciones el espíritu de la América española; hasta dónde han sido y son ellas la primordial causa de nuestra decadencia industrial y científica; hasta dónde les debemos nuestros odios insensatos, nuestras pretensiones absurdas, nuestras desgracias sin medida, nuestra miseria, nuestro descrédito: son puntos cuyo estudio vamos á ensayar.

.

III.

Cansados ya los pueblos de la dominación de la Metrópoli; disgustados los españoles criollos de la altanería de los peninsulares, quienes juzgaban á los nacidos en América, si bien de su propia estirpe, algo aplebeyados ; alimentadas algunas inteligencias superiores con las ideas de libertad que clandestinamente les venían en libros franceses, ideas tanto más halagadoras y simpáticas cuanto llegaban masa hurtadillas; puesta á la mano la ocasión favorable á la revolución, consistente en ha [482]llarse España en guerra con el león del siglo; se levantó la voz de rebelión, y los pueblos, guiados por instintos cuya razón ellos mismos no se sabían explicar, secundaron el osado intento, atraídos en parte por la novedad, y en parte por las esperanzas que todo cambio fundamental sabe alimentar.

Hallábase la Colonia en estado de recibir de súbito instituciones libres y democráticas? Creemos que no. Rara vez hace buen uso de su libertad el joven que, sin haber recibido una educación adecuada, sacude de repente el yugo paterno, y se lanza á las luchas de la vida del mundo. ¿Habría sido mejor que la independencia se hubiese retardado? Tal vez no. La Providencia dispuso las cosas admirablemente apropiadas á la revolución americana: la preponderancia de las armas francesas, que desde aquel entonces no se ha repetido, como no se ha repetido un Napoleón; la existencia de Bolívar, quien hasta el presente y acaso por muchos siglos no ha tenido ni tendrá semejante en la América española; la conformidad de miras en todas las colonias, desde los aledaños de la Unión Norteamericana hasta la helada Patagonia: estas circunstancias combinadas, y otras muchas de singular aspecto en los anales de la Historia, marcaron la hora de la emancipación y señalaron el designio de la Providencia. América está llamada á altos destinos á la faz del Universo. Como guió Dios la humilde navecilla del genovés por entre las ondas embravecidas del Océano, también guiará la suerte del nuevo Mundo por entre las tormentas inherentes al carácter de los pueblos jóvenes.

Atendido el estado social de estas colonias, su independencia fue prematura tal vez; atendidas las extraordinarias circunstancias que la solicitaron, ella fue muy oportuna. Aquí hay una aparente contradicción que nuestro pobre pensamiento no intenta explicar. En las altas miras de Dios hay muchas contradicciones aparentes á la vista del hombre porque la esfera del infinito se dilata fuera del pensamiento humano.

Sea de todo esto lo que fuere, la idea republicano-democrática sorprendió á nuestros padres dominados por las preocupaciones que había creado el régimen colonial, preocupaciones imposibles de amalgamar con esa idea, buena para nacionalidades en que la igualdad de razas y derechos haya preparado el terreno á las franquicias de la libertad. Los pueblos jóvenes exhiben valentía indomable y arrobador entusiasmo cuando se trata de sus derechos á la vida libre; pero adolecen de precipitación y falta de tino cuando, libres ya y dueños de su suerte, entran en la tarea de constituir su existencia propia. Y más difícil se hace esta tarea cuando esos pueblos han heredado ideas y hábitos contrarios á las instituciones que anhelan establecerse. Verdad es que muchas de esas preocupaciones han venido desapareciendo merced á la experiencia, al comercio de ideas con naciones civilizadas y á dolorosos desengaños; pero de muchas de ellas quedan rezagos, y otras se mantienen firmes todavía. Ni podía ser de otro modo: no se cambian en breves años

hábitos que han dominado por siglos una sociedad; esa obra tiene que ser más lenta, más pausada que la de una revolución política que de súbito arranca á un pueblo esclavo de entre las manos de sus opresores. Por esto, se nota con frecuencia que en pueblos jóvenes las instituciones marchan gran trecho adelante de las costumbres: las ideas políticas pueden alzar el vuelo con la audacia del águila; las costumbres andan con la lentitud de la tortuga; y en tanto que aquéllas se ciernen en las excelsas regiones de la abstracción, éstas permanecen adheridas, como la ostra, á la roca de la rutina. Lo cual por otra parte, no deja á las veces de tener sus ventajas relativas, porque la inestabilidad de los sueños de la mente humana traería á las sociedades á continuos trastornos, sin la estabilidad y firmeza de los hábitos arraigados.

Hemos visto cómo las ideas de nobleza fundadas en la distinción de razas, engendraron desprecio hacia el trabajo, el cual llegó á constituir en gran parte la línea de demarcación entre el hidalgo y el pechero; como si el trabajo degradase al hombre, y antes bien no lo enalteciese al cumplimiento de la misión excelsa que la Providencia le confió al consignar en sus manos la naturaleza con sus resistencias, la verdad con sus misterios, la virtud con sus luchas. Los progresos de la humanidad no se deben, por cierto, á la orgullosa ociosidad del infatuado noble que se concentra en la contemplación de sus enmohecidos pergaminos, en el recuerdo de las hazañas de sus progenitores, y en la adoración de su aérea grandeza; se deben al obrero que ha levantado templos y palacios, que ha talado montañas bravías, que ha abierto caminos, que ha beneficiado minas, que ha cultivado la tierra, que ha sometido, en suma, las fuerzas de la naturaleza á las fuerzas de la humanidad; se deben al cultivador del sentimiento de lo bello, que ha magnificado los encantos de la naturaleza, ora combinando colores y sombras, ora creando melodías angélicas, ora cantando las glorias de la virtud y las hazañas de los héroes; se deben á los hijos de la ciencia, que han contemplado la pompa concertada de los cielos, adivinando las leyes del astro y penetrando los abismos del infinito, que han anulado las distancias y otorgádole ubicuidad al pensamiento, que le han arrebatado á la nube su proyectil matador, que han puesto en las manos del hombre el cetro de la creación.

Y será degradante el trabajo, fuente de esas conquistas, y causa eficiente de las glorias que hoy alumbran la frente del hombre? ¿No es él, prescindiendo de sus frutos de riqueza y bienestar, el purificador de la conciencia, el centinela apostado en las puertas del corazón para cerrarle la entrada al vicio, y el baluarte de la dignidad tanto individual como pública? No obstante, si bien la idea republicana ha borrado en parte la marca de infamia con que en un tiempo fue señalado el trabajo, y el industrial particularmente, todavía nos quedan rezagos de esa funesta preocupación que causa males inmensos, pero cuya inmensidad no podemos medir con exactitud, á causa de que respiramos desde la cuna su atmósfera envenenada. Sesenta años de instituciones democráticas no han podido destruir por completo las pretensiones de nobleza del tiempo de la Colonia; y el desprecio al oficio y al arte todavía nos preocupa á todos. Como en la [484] Colonia había profesiones deshonorosas, todavía miramos de reojo ciertas ocupaciones que manchan á quienes las cultivan, más que la holganza y el vicio. No escasean sujetos con pretensiones á la *sangre azul*, que se avergonzarían de trabajar en un taller, pero que no se

avergüenzan de la industria del garito ni de la holganza de la taberna. Cuando queremos ofender á alguien, antes que de sus vicios nos acordamos de su profesión: "aquel zapatero, aquel carpintero, aquel albañil," son á las veces mayores insultos que " aquel tahúr, aquel holgazán, aquel ebrio, aquel adúltero". Y, como en el tiempo de la Colonia, la deshonra del oficio se trasmite del padre al hijo: el hijo del tahúr, del usurero, del traidor á su Patria, no hallan mayor inconveniente cuando se trata de su entrada en las fiestas de la alta sociedad; pero el hijo del artesano mancha con su planta las alfombras aristocráticas, corrompe con su aliento la atmósfera embalsamada de los salones del placer. Así también, cuando los judíos querían afrentar á JESÚS, le llamaban el hijo del carpintero. ¡Y la palabra del hijo del carpintero trasformó el mundo, y su sangre marca todavía la frente de los hijos del pueblo deicida! Familias hay que á la deshonra de los oficios envilecidos, preferirían que el pan entrase á su hogar por las puertas de la infamia; y madres que acaso mirarían con menos horror á sus hijas en la vía de la prostitución, que sometidas á ganar un humilde jornal en casas honradas.

Tales preocupaciones nos matan. Cuando la industria intenta levantar la frente, ellas le ponen las manos encima y la postran en tierra. ¿No habrá para esas cadenas un Bolívar ó un Sucre? ¿No tendrán algún día su Junín y su Ayacucho? Las instituciones republicanas y las constituciones democráticas tienen que encallar en esas preocupaciones, hijas de una aristocracia infatuada y caprichosa.

#### IV.

Se nota en las sociedades en que reina el espíritu de aversión al trabajo, una contradicción á primera vista inexplicable: aquellos individuos que menos producen, son los más adictos á la ostentación del lujo. Ociosidad y lujo son por lo común entidades correlativas. No obstante, tal contradicción no es sino aparente: examinado el fondo del corazón humano, se halla que tiene que ser así, porque la vanidad que inspira desvío hacia el cumplimiento del deber del trabajo, vanidad pueril y aérea, es la misma que, dando pábulo á un amor propio mal entendido, hace consistir el mérito del hombre en la ostentación de lo que no posee.

El lujo (que consiste en gastos superfinos superiores á lo que se gana, no, como algunos creen, en todo gasto cuantioso) el lujo gangrena las sociedades; y más sí en éstas domina la preocupación de la ociosidad elegante. Abismo sin fondo, devora fortunas y honras; sirena tentadora, convida con la dulzura de su canto á dichas supremas, y escancia á los que á ella acuden tan sólo hiel y veneno. No consiste la felicidad, no la [485] dignidad propia, en la ostentación de riquezas imaginarias: consisten la una y la otra en el recto uso de las facultades con que nos dotó la Providencia, en la tranquilidad del alma y en la dicha inefable y pura que otorga el trabajo, en el cumplimiento del deber en sus múltiples variedades y en su vasta amplitud.

El lujo es el encarnizado enemigo de la paz del hogar, y el obstáculo que por lo común se opone á la realización del matrimonio, santa y excelsa institución sobre que se apoya el edificio social. Bien entendido, no puede haber lujo allí



donde reina el amor del trabajo: sólo la ociosidad despilfarra, porque sólo ella ha menester cubrirse con los oropes de una pueril ostentación.

¿Y con qué ha de alimentarse esta pasión insaciable? Preguntadlo al joven que malgasta su tiempo, su salud y su inteligencia en el garito, con la esperanza de convertirse de súbito, y sin tener que pasar por las horcas caudinas del trabajo, en un capitalista capaz de proveer á su ansiedad de ostentación. Preguntadlo al padre de familia que vende el tedio que abrigó á sus hijas, para que éstas puedan, en una fiesta pública, hombrearse por breves días con las hijas de capitalistas poderosos. Preguntadlo á la familia en cuyo hogar se introdujo la deshonra cubierta con sedas perfumadas.

La vanidad nos persuade el desprecio del trabajo; la vanidad nos imbuje la loca pasión del lujo: siempre es ella la que decide de nuestra dicha, de nuestra paz, de nuestra honra!

Como cuando el niño extiende la mano para asir la luna, la ociosidad se eleva, á mayores intentando igualarse, por medio de relumbrones superficiales, con el trabajo y la industria, que consumen lo que honradamente han producido, y que hacen bien en sacar á lucir el fruto de sus fatigas y economías. Pero no está el mal en esto: está en que la ociosidad ele gante, cuando se trata de halagar su vanidad, no repara en medios; y el petardo, la trampa, la indignidad, hasta el delito! todo lo pone en juego antes que someterse á las humillaciones de la estrechez. Mil veces preferible la pobreza humilde y honrada á los esplendores de ese lujo insensato.

La pobreza, no proveniente de la holganza y el vicio, á nadie deshonra, á lo menos á los ojos de las gentes de buen sentido.

Dijimos que en el tiempo de la Colonia las preocupaciones de nobleza se exhibieron opuestas á la instrucción de los hijos del pueblo. Hoy, si bien un tanto modificadas, no dejan de pulular tales preocupaciones en algunas clases de la sociedad. Porque se tiene pereza de estudiar, ó porque se mira el estudio como cosa de poca importancia, ó porque hay todavía quienes crean que, para hacer viso y carrera, les bastan los timbres de sus mayores ó sus riquezas heredadas, no faltan quienes le hagan ceño despreciativo ó rencoroso á la instrucción popular. Y muchos tienen razón: la gloria ciñe con frecuencia frentes humildes, y el poder llega de cuando en cuando á manos de hijos del pueblo; en tanto que otros, arrimados á sus pretensiones de raza, devoran su rencor á la sombra del silencio de la indiferencia pública. [486] No es cierto que el día en que la instrucción, siquiera sea superficial, penetre las capas inferiores de la sociedad, nos quedemos sin trabajadores y sin sirvientes. Hoy, el que algo aprende, por lo común abandona la profesión de sus padres, porque se cree superior á ella. Mas esto proviene de la propia escasez de instrucción general, porque donde la mayoría es ignorante, casi bárbara, quien logra acopiar unas pocas nociones, se granjea una superioridad incontestable, superioridad que casi siempre redunde en perjuicio de las costumbres, en amenaza para la propiedad en pequeño y en deterioro de la verdadera ciencia. Vulgarícese, empero, la instrucción, y veremos, como en los Estados Unidos, el periódico y el libro en el taller del artesano y en el surco del labrador, no ya para distraerlos de sus tareas, ni para inspirarles aversión á su oficio, sino para avigorar sus fuerzas morales, para inspirarles la convicción de la dignidad del

trabajo, para endulzar sus fatigas con el bálsamo de la idea y con las esperanzas de las virtudes humildes.

Quédese el amor á las tinieblas para aquellos que temen la luz; para aquellos que, en vez de engrandecer su espíritu, anhelan que los demás vivan en la pequeñez, á fin de conservar sus prestigios; para aquellos que quisieran volver al tiempo de la gleba, para poder manejar el látigo invisible de los despotismos en pequeño.

Ni ménos que tales preocupaciones, ha sido causa en mucha parte, de nuestra actual decadencia, la educación que de antiguo se ha dado en nuestros establecimientos literarios. Tal parece que dicha educación no se ha propuesto, con raras excepciones, beneficiar la rica naturaleza con que dotó el Criador las regiones que en suerte nos cupo habitar, sino formar hombres destinados, ora á explotar los odios y divisiones que entre los individuos y las familias siembran los intereses materiales, ora á encender las pasiones populares, que casi siempre no han menester sino una chispa y un soplo para estallar con la violencia y fragor de los volcanes de nuestras inflamadas cordilleras. Jamás, por largos años, se vio una educación que fuese capaz de abrirle á la juventud las puertas de la industria. ¿Pero como, si desde remotos tiempos, la delicadeza de las manos, y su aterciopelada blancura, han sido el signo inequívoco de alta dignidad y de limpio origen? Todos, con raras excepciones, hemos recibido una educación de relumbrón y aparato: se nos ha dado un ligero barniz de letras, que las más veces no nos sirve sino para acomodar cuatro malas coplas, o zurcir artículos de política; pero jamás para beneficiar nuestros ricos bosques; para mejorar el cultivo de la tierra, el que es hoy día el mismo de ahora 300 años; para explotar nuestras opulentas minas, que causan admiración á los extranjeros que las estudian; para vivir del trabajo de nuestros brazos; para abrir nuestros caminos, que, con poca diferencia, son hoy los mismos que nos dejaron los españoles, y hacen la desesperación del comercio y el tormento de la vida.

Un profundo pensador nuestro, don José E. Caro, escribió en 1840: "Llamad á ese joven de veinte años, vestido de casaca, robusto de cuerpo, [487] despierto de inteligencia, que acaba de salir del Colegio de San Bartolomé de Bogotá, llenos los cascos de tantas bellas cosas como ha aprendido y llamadle, provocadle á la discusión, ponedlo en su terreno. Oh! cómo sabe! qué aprovechado que está! Capaz de refutar á Say, de comentar á Bentham, de renovar á Tracy; es un economista profundo, un legislador consumado, un ideólogo incomparable; oh! es un maravilloso muchacho! Pero, después que hayáis bebido en los raudales de ciencia que salen por aquella boca, preguntadle qué es lo que piensa hacer con aquellas *manos*. Preguntadle qué piensa hacer, en qué piensa trabajar, de qué piensa vivir. Y ese instruido é infeliz muchacho, que acaso es honrado y sensible, os responderá con dos gruesas lágrimas que asomarán á sus ojos. Os dirá que piensa mendigar un empleo, porque no puede hacer otra cosa. Decidle que por qué no ejerce su abogacía. Y os dirá que cualquier miserable tinterillo lo eclipsará en las escribanías, y lo enredará y lo derrotará en los tribunales. ¿De qué le servirá su elocuencia contra el embrollo? ¿Qué podrá su probidad contra la mala fe? Por otra parte, es más que difícil vivir de la abogacía en donde todos son abogados. Y no le digáis que se dedique á un oficio, porque él replicará que

ninguno le han enseñado. Os hará subir con él á la pintoresca ermita de Nuestro Señor de Egipto; os hará contemplar á la redonda el magnífico horizonte que desde allí se descubre; y cruzado ante vos de brazos, os preguntará para dónde coge, y nada tendréis que decirle!"

Hace más de cuarenta años que se escribió esto; y estas palabras fueron dirigidas al Presidente de la República. Hoy es, y nuestra educación está casi lo mismo. En tales *cuarenta* años hemos tenido cinco revoluciones generales, profundas, horrorosamente sangrientas, que han devorado millares de víctimas, millares de brazos; y hemos tenido quién sabe cuántas revoluciones parciales. ¡Qué fuera de este país, tan bello, tan rico, tan generoso, si su noble é inteligente juventud hubiese cultivado menos las teorías y más las *profesiones* !... Todos somos políticos, todos legisladores ; y nuestro cúmulo de teorías políticas nos aturde el alma, y nos enardecen las pasiones más indomables; y nuestros rimeros de leyes van formando montones en archivos olvidados.

Y, lo que es más extraño, por no decir más absurdo, en este punto de la educación ni siquiera hemos seguido fielmente el ejemplo de la Colonia. La educación colonial produjo la Expedición Botánica, ilustrada por el nombre de un Mutis, un Caldas, un Lozano, un Torres, un Valenzuela; ella levantó el Observatorio astronómico de Bogotá. Después, si algunos aficionados á las ciencias naturales, víctimas casi siempre de esa afición, se han entregado al cultivo del estudio de nuestra rica naturaleza, han permanecido aislados, y han vivido y muerto olvidados de sus compatriotas, o han tenido, como nuestro ilustre Triana, que ir al extranjero á hacer conocer el suelo de la Patria. El Observatorio astronómico de Bogotá, el de más aventajada posición en el mundo, ha permanecido en casi absoluto desuso, y sus aparatos han venido desapareciendo de [488] revolución en revolución, cual botín de guerra, hasta quedar reducidos a unos cuatro instrumentos casi inútiles. El *Semanario* de Caldas no se ha repetido; pero en cambio, nuestras prensas sudan diariamente produciendo centenares de hojas periódicas, que llevan al extranjero la noticia de nuestros odios y de nuestros combates ! Nos duele tener que emitir conceptos, recargados tal vez de pesimismo Mas la intención que nos anima no es antipatriótica; á lo menos la conciencia no nos acusa de ello. Por otra parte, 1a esperanza empieza, en nuestro sentir, á iluminar los horizontes de la Patria, y el buen sentido ya intenta abrirse paso por entre nuestras contiendas políticas. ¡Quiera Dios que esto no sea una mera visión ilusoria, hija de una imaginación deslumbrada por sueños pueriles!

V

Hemos visto que el espíritu de la guerra nos anima y absorbe. Creemos no haber exagerado. Tan luego como se ensayó la independencia de la Patria dieron principio las contiendas civiles. Cuando España preparaba la formidable expedición de los *Pacificadores*, y Colombia apenas si empezaba á respirar el aire de la libertad, y los pueblos no acertaban todavía á darse cuenta de lo que había pasado con motivo del alzamiento del 20 de Julio de 1810, va estalló la guerra civil, so pretextos de federación y centralismo, sistemas que acaso ni se comprendían á fondo, pero que si iban echando á pique la obra incipiente aún.

Esa guerra levanto ejércitos y caudillos, y dio origen á combates en que, como el de la *Calle Honda* de Bogotá, corrió á torrentes la sangre de la Patria niña. "Fueron tantos los prisioneros que se tomaron," relata un testigo presencial de esta batalla "que se llenaron con ellos las cárceles, el Hospicio, San Juan de Dios y los colegios de San Bartolomé y el Rosario. La Calle Honda que va para la Huerta de Jaime, quedó literalmente cubierta de cadáveres y heridos. Ya se ve, pues, que comenzábamos á adiestrarnos en esto de matar, en que tantos progresos hemos hecho después." Estos acontecimientos acaecieron por los años de 1812 y 1813.

De entonces acá... la lista de los lugares de las batallas sería muy larga y la suma de las víctimas de ellas causaría espanto! Estas continuas reyertas han dado origen á la preponderancia de las armas sobre el arte y la ciencia, en términos que no ha sido raro el caso de que una batalla ganada, no por obra de táctica científica, sino de arrojo y fortuna, haya levantado soldados ignorantes á las cumbres prometidas a la sabiduría y al genio. Esto, en tiempos antiguos, en que reinaba el derecho de la fuerza bruta, nada tenia de extraño; mas sí lo tiene en este siglo de empuje intelectual. Individuos hay que dando mano á su profesión por volar a los campamentos, sin saber acaso qué van á defender, sino tan sólo que un poco de arrojo y fortuna los sacará seguramente de su estado humilde, y los colocará en una posición elevada. Y tal vez tienen razón; [489] porque el trabajo aplebeya, y el combate ennoblece; aquel mancha, y el humo de la pólvora purifica; el uno anda con el paso de la tortuga, y el otro improvisa fortunas, posiciones y gloria.

Este desvío del trabajo, esta funesta preocupación que todavía nos hace temer que el ganar el pan con el sudor de la frente no se compagina con la dignidad personal, ha engendrado la empleomanía. ¿Qué harán para vivir los que no tienen capital heredado, cuando saben que la sociedad les volteará la espalda tan pronto como los vea en un taller; y cuando la educación que han recibido, no les muestra más vía honrosa que la que conduce al empleo público? ¿Qué harán para vivir, para dar pan á sus familias, y al propio tiempo no desmerecer de la estimación general y descender de la posición en que han nacido, sino buscar aquello que, dándoles el pan, les dé también aprecio y consideración?... Pero honremos el trabajo industrial, honrémoslo y ennoblezcámoslo, y luego serán pocos quienes se *sometan* á la esclavitud de un empleo.

Es esta necesidad, engendrada por aquella preocupación, la causa inmediata de la efervescencia de las pasiones políticas, porque, debido á ella, la política se introduce hasta en el hogar, hasta en las secretas é íntimas relaciones de familia, como un elemento de vida y de posición social casi único. En el terreno de los principios teóricos, se hace a las veces difícil hallar con precisión la línea divisoria de los partidos: en el fondo, raros son los ciudadanos que no se entenderían á la vuelta de pocas palabras, á hallarse sus ánimos libres del influjo de las pasiones; porque todos, con excepciones contadas, amamos la libertad, el progreso en el Orden, la nivelación de clases, la República, la democracia. Pero cuando se trata de ciertos asuntos, ponemos el grito en el cielo. De esta manera el país se ha hecho apenas gobernable: los puestos elevados son un martirio, porque un mandatario no nos puede contentar á todos los que lo rodeamos con pretensiones exigentes.

Sean honrosas todas las profesiones decentes é inofensivas (queremos decir las no criminosas); sea el trabajo un motivo de aplauso y estimación; eduquémosles á nuestros hijos el espíritu, pero también el corazón y los brazos; y á la vuelta de pocos años se habrá trasformado el país.

Todos admiramos el fabuloso engrandecimiento de los Estados Unidos; su paz estable en medio de las complicaciones políticas y comerciales de una gran República; sus armonías sociales en medio de la multiplicidad de sus cultos, y no obstante su enmarañado engranaje federal; sus maravillosos inventos científicos, que provocan la emulación de los sabios de Europa; la práctica franca, sincera y lógica de los cánones democráticos, allí donde la población es una mezcla de todas las razas del mundo, donde se hablan todas las lenguas y se ven todos los tipos humanos. Todos vemos y admiramos eso; y no admiramos menos el que repúblicas pequeñas como la nuestra, que no adolecen de grave complicación alguna, sí adolezcan de perpetua inestabilidad y perpetuas agitaciones. Creemos que una sola palabra resuelve el problema, *el trabajo*. Allí todos trabajan, [490] porque no hay profesiones deshonorosas; porque se estimula la industria; porque el obrero honrado no tiene por qué avergonzarse de su oficio; porque ser zapatero vale tanto como ser abogado ó médico ó poeta. Se exige tan sólo que el artesano cumpla lealmente con sus compromisos; y no se hacen más distinciones, á este respecto, que las fundadas en la mayor ó menor perfección de los productos de la industria.

Oigamos á un publicista eminente que estudió de cerca y por largos años las costumbres, el espíritu y las instituciones de la Unión Americana, M. de Tocqueville: "En aquellos pueblos democráticos (los Estados Unidos) en que no hay riquezas hereditarias, cada uno trabaja para vivir, ó ha trabajado ó nacido de gentes que han trabajado. La idea del trabajo se presenta al espíritu del hombre como condición necesaria, natural y razonable del género humano.

"No sólo no deshonra el trabajo en estos pueblos, sino que se considera como muy decoroso, y la preocupación no obra en contra de él, sino antes le favorece. En los Estados Unidos un hombre rico mira como un deber para con la opinión pública, el consagrar sus ocios á alguna operación de industria, de comercio ó de interés público, y creería adquirir mala fama si no se cuidase más que de vivir. Muchos americanos ricos se vienen á Europa huyendo de la obligación de trabajar, y aquí encuentran sociedades aristocráticas, entre las cuales la ociosidad es todavía honorífica.

"Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico, no se creen degradados por trabajar, pues al rededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el Presidente de los Estados Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar, así como á ellos por servir.

"En los Estados Unidos las profesiones son más ó menos penosas, más ó menos lucrativas, pero nunca se consideran *altas ni bajas*. *Toda profesión decente es honorífica*"

Se parece en algo este cuadro á lo que pasa entre nosotros? ¿Podremos negar que entre nosotros la ociosidad viciosa y elegante se abre paso por entre las más altas capas sociales, en tanto que á la mano encallecida por las faenas del trabajo le está vedado el estrechar manos aristocráticas? ¡Y nos quejamos de nuestras revoluciones endémicas; y nos quejamos de nuestra pobreza general,

cuando estamos hollando riquezas inmensas, y nos hallamos rodeados de una naturaleza exuberante cual hay pocas en toda la redondez del globo! Queremos que la riqueza venga á golpear á nuestras puertas, sin que nos tomemos siquiera el trabajo de salir á tomarla en las fuentes que la contienen. Aquí, en vez de armonizar la inteligencia con los brazos, como en los Estados Unidos, para que la ciencia eleve la industria á la generalización de la idea, y la industria concrete las generalizaciones de la ciencia, el trabajo material y el pensamiento andan reñidos. Tan pronto como el hijo de un artesano adquiere algunas ligeras nociones de letras, le da de mano [491] al oficio de su padre, se ruboriza al oír hablar de su origen, se acomoda á la ociosidad del corrillo y aspira á un empleo público. El libro y el arado son incompatibles; la pluma y el martillo son irreconciliables. Queremos vivir de abstracciones, alimentarnos de palabras, alejarnos de la clase trabajadora, respirar el aire de las teorías. El colegio es la antítesis del taller. Nos parece un contrasentido que quien hace muebles haga también versos y estudie los principios de la ciencia.

## VI

Las democracias son muy delicadas y exigentes; no dan sus frutos de libertad, igualdad de derechos y nivelación de clases, sino á condición de que la ley impere con fuerza irresistible, el orden equilibre las exigencias recíprocas, y el respeto por el derecho ajeno penetre hasta las últimas capas sociales. De otra manera, la libertad degenera en libertinaje, la igualdad se convierte en soberbia, y la nivelación de clases viene á ser una anarquía permanente. La democracia, como la mujer, como la flor, se degrada cuando se abusa de ella, y se marchita al soplo del crimen. Es la perfección ideal en materia de Gobiernos; pero, en la práctica, es el eterno problema de los pensadores.

No creemos juzgar con precipitación al aseverar que el amor al trabajo es el alma de la democracia. " En países en que no hay industria ni comercio," observa un publicista, "la democracia, es decir, la oferta permanente de los empleos públicos á la ambición de los partidos, es evidentemente una fuente de discordia que jamás se seca, y por supuesto una causa incesante de cobardía, abyección y venganza en los unos; de envidia y de codicia en los otros; de inmoralidad, odio y ruina en todos. La libertad política no es un principio; es un fin y un resultado: no es esa libertad la que ha traído la industria y el comercio; sino la industria y el comercio los que han producido la libertad; y los pueblos que han querido poseerla sin darle otra base que una constitución escrita, han logrado dividirse y despedazarse, pero no han logrado ser libres."

Allí donde reina el trabajo, reina la moralidad; donde impera la moralidad, impera el orden; donde existe el orden, la libertad se produce por sí misma, á virtud de la naturaleza íntima del hombre en su calidad de miembro de la asociación humana. Por axiomáticas, estas verdades no han menester demostración. La ociosidad no respeta derechos; no reconoce virtudes, y naturalmente se hermana con el vicio y se enmarida con el crimen. Por eso el trabajo ama la paz, y la ociosidad la guerra: el uno se halla siempre satisfecho de sí mismo y de las leyes justas; la otra vive en eterna desazón, y odia el freno de la autoridad: aquél eleva los ojos, henchidos de legítimas esperanzas,

á las serenas regiones de la vida; ésta clava en tierra los suyos, y suspira por la inercia de la nada.

Mucho hace que estamos galardoneando las hazañas de los campamentos. Ya no nos hallamos en los siglos de las conquistas ni en los de [492] los caballeros andantes; estamos en el siglo de la industria y la ciencia, Si en otros tiempos era más respetable y más ilustre la nación que más países entraba á saco y más ciudades sembraba de sal, hoy lo es la que más conquistas industriales y científicas hace á la sombra de la paz y del respeto por el derecho y las libertades ajenas. Es por tanto muy benéfico y muy puesto en razón el que se piense en estimular y laurear el trabajo pacífico. Y tal es el objeto que se proponen los certámenes industriales: en ellos se disciernen coronas á los que con perseverancia y fe han cultivado el arte ó explotado la naturaleza. El trabajo pacífico y honrado también se merece laureles y glorias, porque él apoya y educa la libertad, crea las costumbres públicas, engendra virtudes sociales, aviva el fuego del patriotismo, custodia el santuario de la paz. Y esos laureles deben colmar de un noble orgullo á quienes los reciban, porque ellos están purea de sangre, y son el premio de la virtud y la inteligencia. Razón tuvo Lamartine en colocar al lado del do Hornero y Colon el modesto nombre del alfarero Bernardo de Palissy.

Mas casi nada significaría un impulso más ó menos poderoso dado á nuestras industrias, si no se trabajase en las vías de comunicación. Cada localidad, en el país, produce más de lo que consume: el estancamiento de productos desalienta á los trabajadores, porque no hallan qué hacer con los frutos de sus fatigas. Sin un comercio activo, la industria no tiene razón de ser; y sin vías de comunicación, el comercio es un sofisma. Oh! si alguno de los numerosos ejércitos que en épocas no lejanas hemos visto partir de la capital de la Unión para el Norte, para el Sur, para el Occidente, se hubiese compuesto de ingenieros y trabajadores destinados á abrir vías de comunicación!...

La ignorancia general hace que las instituciones republicanas no pasen de ser un ideal poético: la mayoría del país se halla privada de derechos políticos; no hace parte de la República, sino cuando se necesita carne de canon; es una clase desheredada de los beneficios de la independencia nacional, que vegeta en el más triste embrutecimiento y en los vicios más entorpecedores, y no recibe de la Patria sino cargas y desprecio. Llévase un rayo de luz al distrito, á la aldea, á la choza; y algún día entrará la turba rahez en el gremio del Pueblo. Empero, tal vez con esto se haría un mal mayor que el que se intenta remediar, porque se crearían pretensiones y necesidades imposibles de satisfacer. La instrucción pública será contraproducente mientras no se hermane con la industria fabril y agrícola. En nuestro humilde concepto, en cada Escuela Normal se les ha de enseñar un oficio á los futuros Institutores, quienes deben ser obligados á llevarlo más tarde á las escuelas de los distritos. La agricultura merece especial atención: ella debe ser un ramo esencial de estudio en todas las escuelas, y aun en los establecimientos de educación secundaria. Establézcase un íntimo consorcio entre la inteligencia y el brazo, entre las letras y la industria, porque en pueblos jóvenes y pobres, como el nuestro, la letra mata cuando ella mata el trabajo. [493]

La instrucción pública debe estar exenta de toda influencia de círculos políticos, si se quiere que no muera ahora que empieza á ensayar sus pasos. De igual

manera debe hallarse libre del espíritu de sistemas filosóficos, porque las disputas de esa clase de cuestiones no se avienen con la superficialidad inevitable en los aprendizajes primarios. En los Estados Unidos, observa Tocqueville, se discuten poco las teorías filosóficas, pero se practica mucho el buen sentido.

La tolerancia religiosa, observada con sinceridad y lógica, es un elemento indiscutible de civilización y armonía social. Todos sabemos que el principio religioso le es indispensable á la humanidad, porque la sanción de la ley civil no pasa de ser un freno meramente exterior, cuya influencia no alcanza al santuario de las intenciones, donde se engendran el crimen y la virtud. Día le llega á todo hombre en que, por instinto o por necesidad, levanta los ojos al cielo.

A.

1879.